

todos los que le queremos!—¡Piedad, señora! Dios y la Nación aplaudirán su misericordia: Dios y la Nación que la han ungiendo Soberana, bendecirán, yo lo espero, tan dulce ejercicio de su real prerogativa.—Dios guarde muchos años la interesante vida de V. M. para felicidad de los españoles. Madrid diez de Abril de mil ochocientos sesenta.

Leopoldo Ortega y Ballesteros.

Esta angustiada familia debia apurar hasta las heces la copa de la amargura y del dolor. La imagen de la ley escarnecida é insultada torpemente, se levantaba en toda su severa magestad para acallar los sentimientos de la Reina inclinados á la misericordia y al perdon. Sin embargo de la naturaleza y enormidad del crimen, el corazon humano no puede censurar los supremos esfuerzos de un hijo para arrancar á su padre del borde del sepulcro.

El 15 de abril se vieron por primera vez Elio y Ortega despues de su rápida separacion en el camino de Ulldecona. Los dos pidieron oír misa; á que se accedió. Conducido Ortega á la capilla del castillo con todas las precauciones, fueron con las mismas á buscar á Elio, y al entrar este con paso tardio en la capilla y colocado en el lado opuesto, cruzó Ortega el santuario y estrechó las manos con efusion á Elio y al ayudante Cavero. Pudo observarse que estos no correspondieron con el mismo afecto y sentimiento á sus demostraciones.

Mientras ocurrían estas escenas en el castillo, el juez de primera instancia de Tortosa recibia un despacho telegráfico del Ministerio de Gracia y Justicia en que se le ordenaba que pidiese todas las causas que se estaban instruyendo sobre los últimos acontecimientos, y que interviniese en su procedimiento y actuacion. Hizolo así el magistrado, pero sosteniendo la parte militar su fuero, hubieron de mediar algunas contestaciones que hacían presagiar una grave cuestion de competencia, cuando otro despacho recibido por el juez en la madrugada del referido dia, vino á resolver el conflicto de jurisdiccion. Ortega iba á ser juzgado por la comision militar, y los demás presos por la jurisdiccion ordinaria.

El 17 del referido mes de abril, á las doce del dia, reunióse el Consejo de guerra en el castillo de Tortosa para ver y fallar el proceso formado contra el ex-general Ortega. Los pormenores de

este terrible acto descritos con sentimiento y fidelidad en una correspondencia publicada por el periódico mas antiguo de Barcelona, no pueden menos de infundir en los ánimos una triste y dolorosa impresion. Véase como se espresa el verídico corresponsal.

«Vengo de asistir al Consejo de guerra en que se ha visto el proceso formado contra el ex-general don Jaime Ortega.

A las siete en punto de esta mañana, despues de oída por los miembros la misa del Espíritu Santo, se han constituido en Tribunal en una grande habitacion ó cuadra del castillo de S. Juan, seis capitanes, el presidente, que lo ha sido el distinguido brigadier, Sr. Alcayde, con su asesor D. Manuel de Córdoba, y el fiscal, mayor de esta plaza, teniente coronel Sr. Rodriguez Termens.

Anunciado por el señor Presidente que quedaba constituido el Consejo y su objeto, ha leído el proceso el señor Fiscal, siendo oído por un numeroso auditorio con el interés que inspiraba la gravedad de los delitos que se iban á juzgar.

Público es ya de lo que se acusa á Ortega, y solo debo consignar que en el proceso resulta este convicto y confeso de todo, y que en sus declaraciones lo cohonesto con la creencia de que Nuestra Reina habia abdicado la corona.—No descubre á persona alguna y se nota mucha lealtad en sus declaraciones. Cuasi es escusado decir que el Fiscal ha pedido la pena de que sea pasado por las armas el ex-general Ortega y pague de sus bienes habidos ó por haber las cantidades que resulten de menos de las que sustrajo de la tesoreria de las Islas Baleares.—Ortega habia anunciado que media hora antes de la defensa se le avisase. Hecho así oportunamente, se le pasó recado que podia presentarse ya y acompañado de su defensor don Felix de Wenez ha entrado en la sala con mucho desembarazo y se ha sentado en su fatal banquillo.—El defensor, afectado profundamente, y mas por la mala causa porque abogaba, ha leído una defensa muy bien escrita en que ha hecho lo que ha podido para aminorar la gravedad de los delitos de que era acusado su defendido y ha protestado de la incompetencia del tribunal de un modo muy fuerte. Durante esta lectura se ha mantenido Ortega sereno y muy impasible, y solo se le ha observado algo afectado y enternecido en el párrafo en que el defensor para interesar al Consejo, ha dejado un momento al padre y ha recordado la interesante y sentida esposicion que su hijo dirigió á la Reina y que ha hecho verter lágrimas á toda la nacion. Las de Ortega estaban á punto de correr pero se ha repuesto en seguida y el padre ha vuelto á ser hombre.

Después que el defensor ha acabado con su penoso cargo, se ha levantado Ortega y con voz muy entera ha pedido permiso para hablar, concedido, ha dejado caer sobre el banquillo un capote de caballería que llevaba, y ha dicho: «Señores no vengo á pedir mi vida, esto no sería digno de mí: los hombres de mi temple no se paran en eso. Tampoco vengo á defenderme, pero sí á protestar con todas mis fuerzas contra la competencia del Consejo. Señores, cuando se me quiso tomar mi primera declaración dije al señor Fiscal presente que no la rendiría si no se me aseguraba que sería juzgado por un Consejo de oficiales generales. Se me dieron todas las seguridades y declaré. Ahora veo que hice mal. Yo no puedo ser juzgado mas que como paisano ó como militar. Como paisano y aprendido por requerimiento de una autoridad civil como lo es el Alcalde de Calanda, debo ser juzgado por el tribunal ordinario, segun se dispone en la ley de 17 de abril de 1821, si se me juzga como militar era mariscal de campo cuando cometí los delitos y como tal debo serlo. Mas, en la Real orden en que se me exonera de todos mis títulos empleos y condecoraciones se dice que sea juzgado segun Ordenanza y esta está bien terminante á favor de mi pretension. Protesto nuevamente de que no pido perdon de la vida. Me siento con fuerzas para ir sereno á sufrir mi pena.»

En seguida sacó un papel y pidió al señor Presidente que recibiese la protesta que hacia por escrito y que la continuase en el proceso. Así se hizo, después de algunas contestaciones con el Presidente, se salió de la sala con el mismo aire y serenidad que habia entrado.»

Acto continuo ha sido despedido el auditorio y ha quedado el Consejo en sesión secreta.

A las cuatro de la tarde.—Por unanimidad ha condenado el Consejo al ex-general Ortega á ser pasado por las armas y al reintegro de los 800,000 rs. que estrajo de la tesorería de Palma, abonándole lo que se ha encontrado ó se encuentre.

A las cinco de la tarde.—El Capitan general, oído á su Auditor de guerra, aprueba la sentencia del Consejo

A las ocho de la noche.—En este momento ponen en capilla al ex-general Ortega. Al entrar el Fiscal á leerle la sentencia estaba escribiendo á su familia; ha pedido permiso para acabar una carta y concluida ha oído con la mayor sangre fría tan terrible fallo. Ha preguntado cuanto tiempo le quedaba porque le convenia saberlo para arreglar sus intereses. Los pocos objetos que

tenia en la prision ha encargado se los den á su madre; «*La pobre lo apreciará mucho*, ha añadido. *Mi reloj que lo den á mi hijo, y de todo lo demás ya dispondré.* Se ha levantado y con voz muy firme ha dicho *cuando Vd. gusten señores.*

Al salir de la prision para ir á la capilla, como estuviese oscuro, ha pedido un farol, *porque nos vamos á romper la cabeza*, dijo.

Al entrar en la capilla se ha puesto un rato delante del crucifijo y otro delante de la Virgen y ha pedido al confesor. Ha entrado este y le ha dicho se fuese á cenar interin el se preparaba. En este momento está con el escribano dictándole su última voluntad.

Concluyo por hoy consignando que á todos tiene absortos tanta firmeza y tanto valor. ¡Dios se lo dé hasta el último momento!»

En otra comunicacion de fecha 18 de abril el mismo correspondiente traza con lúgubres colores el desenlace de tan horrible drama. Dejemos hablar á aquel fiel y elocuente testigo de los postremos momentos del reo sentenciado á muerte por la ley y la justicia de la sociedad:

«Ayer puse mi carta en el buzón dejando á Ortega haciendo su testamento con el escribano de Guerra D. Juan García. Con la mayor sangre fría arregló los asuntos de su familia, entrando en los mas pequeños detalles.

A las once de la noche.—Sale el escribano de la capilla con la minuta del testamento que por encargo de Ortega estenderá esta noche para que lo pueda firmar mañana antes de las cinco. En seguida ha entrado un sargento de los del piquete y le ha pedido permiso para registrarle. Esta operacion le ha afectado mucho y ha exclamado: «¡Esto solo me falta para humillarme mas! ¡Un sargento registrar á un general! ¿Iria yo ahora á cometer el atentado que temen? Eso no! yo quiero morir como cristiano.»

A las once y media de la noche.—Se quita una medalla de la Virgen con una fina cadena de oro que lleva puesta, y encarga á su primo D. Ramon Blasser que la entregue á su desconsolada madre.—Dispone su entierro y encarga que sea sin pompa alguna.—Llega muy oportunamente su confesor Dr. D. Benito Sanz y Forés, y entra en seguida para tranquilizarle del disgusto que le ha ocasionado el registro del sargento.—Va á empezar su confesion y llama al comandante del piquete, y con la sonrisa mas natural le dice: «¿Tendrá Vd. la amabilidad de mandar retirar unos pasos los centinelas para poder hacer mi confesion con mas desaho-

go?».—Se retiraron, como pedia, los centinelas y queda con su confesor.

A la una de la mañana.—Hora y media ha durado su confesion, y en este momento sale el sacerdote muy contento y cuasi absorto de la cristiana resignacion y conformidad con la voluntad de Dios que manifiesta el desgraciado Ortega. Hasta le ha dicho: «Estoy tan conformado y consentido con mi suerte, que si providencialmente me venia ahora el perdon no se si me alegraria.»

Ha anunciado á su confesor que queria dormir, y lo hace al momento del modo mas tranquilo y natural. Se le observa su sueño varias veces, y es profundo y reparador. El hombre que la nacion entera mira pequeño y miserable en política, empieza á presentarse como un gran cristiano. Solo nuestra religion deja morir tranquilos en la capilla. El sueño tranquilo y profundo no se finge. Los reos que hacen alarde jactancioso de su valor y serenidad no pueden dormir bien. Esto no lo hacen mas que los que tienen el valor y fortaleza cristiana; y Ortega, como he dicho sigue durmiendo.

A las dos y media de la mañana.—Acaba de despertar y dice tener el frio natural que se siente despues de haber dormido vestido y en un sillón. Entran á estar un rato con él su primo nombrado ya y su amigo D. Francisco Aysa, á quienes pregunta con interés é insistencia por la hora de su ejecucion, y contestándole estos que no está aun fijada, esclama: ¡paya! ¿á que tanto misterio para una tontería?—Se le anuncia que una señora le habia enviado unas medallas de la Virgen del Pilar, y pide con alegría y con mucho fervor que se las den en seguida.—Las recibe, las besa y se las pone en el cuello, y encarga se den gracias á esa amable y cristiana señora.—Entra de nuevo su confesor, con quien se pasea por la capilla un gran rato con paso firme y grave continente.—Se sienta en un sillón y en otro su confesor, y encargándole éste que ore un momento, se mantienen los dos callados y sale el sacerdote diciendo sorprendido: «Duerme otra vez profundamente.»

A las cinco de la mañana.—Se hace necesario despertarle para anunciarle que se disponga á recibir la Comunión que se le dará antes de la misa.—Se levanta al momento de su sillón, pide quedarse solo, y se arrodila apoyado en el ara del altar y permanece una hora en esta posicion que interesó y conmovió á cuantos allí estaban.

A las seis de la mañana.—El sacerdote le previene que le va

á administrar el Señor cuya noticia le dá una grande alegría.—Recíbelo tan compungido y contrito que deja escapar dos lágrimas, las primeras y únicas que se le han observado. ¡Sublime influjo de nue t a religion! ¡Bálsamo saludable del cristianismo, que así enternece á los grandes corazones!—Oye en seguida misa, arrodillado toda ella, y concluida se queda solo un momento, dando gracias al Señor *por haberse dignado entrar en su cuerpo para fortalecerle mas y mas.* Son sus palabras. En seguida se le sirve un chocolate, y un té al sacerdote, y entablan durante este desayuno una alegre y una amena conversacion. Ortega no habia probado comida ni bebida alguna desde ayer á las seis de la tarde, porque dijo que, á mas de no necesitarlo, queria recibir al Señor en ayunas.

A las siete de la mañana.—Pide recado de escribir, y escribe tres cartas á su familia con puño firme y hermosa letra.—Entrega las cartas á su primo, con quien está un rato dándole instrucciones sobre sus asuntos domésticos, y pide de nuevo á su confesor, cuya compañía apetece estremadamente.

A las nueve de la mañana.—Se queda solo y se oye rezar.

A las nueve y media de la mañana.—Entra á verle un oficial paisano suyo, y sale llorando de verle tan sereno.—Está con el capellan del provincial de Segorbe, y al salir este se le oye recitar una oracion á la virgen de los Dolores para la hora de la muerte.

A las diez de la mañana.—Entra D. Mariano Garcia, sábio y virtuoso misionista, y sale á la media hora admirado de la buena disposicion cristiana en que sigue Ortega.—Se le ofrecen unos bizcochos y vino, y dice que el vino no le prueba y que tomará *antes de salir* una taza de sopa con un huevo desleido en ella.—Pregunta otra vez por la hora de su fusilamiento, y habiéndosele contestado que á las tres de la tarde, esclama ¡*pues bien tardan!*

A las diez y media de la mañana.—Pregunta si está preparada la sopa que tiene pedida y se le sirve, la come con apetito y pide si ha quedado mas.—Ruega al médico de la capilla, D. Angel Luis, que aun no le habia hablado, que entre en la capilla. Le alarga la mano muy afectuoso y sonriéndose le dice: «Doctor me siento lo mismo que si nada pasara por mí. Tengo la conciencia muy desahogada y esto fortalece mucho mi espíritu. Estoy muy contento del Sr. canónigo D. Benito Sanz. Es un ángel! que talento tan despejado tienel ¡ojalá yo tuviera sus virtudes!

Este señor me ha consolado completamente, me ha puesto en el camino de la gloria; á mi solo me toca seguirlo.» El médico sale enternecido.

A las doce de la mañana.—Está con el capellan de Segorbe á quien escucha con atencion y recogimiento, y en un momento que éste para de hablarle le dá un abrazo. Pide un crucifijo y al dárselo, lo abraza cordialmente diciendo: «Dios y Señor mio, nada me será el morir si muero en tu religion y salvo mi alma. ¿De que me habrán servido las glorias de este mundo y mi ya pasado engrandecimiento, si por mi desgracia me condeno?»

A las doce y media.—Después de haberle permitido desahogar sus sentimientos religiosos y fijó sus ojos en el crucifijo, que bebaba y estrechaba con la mas tierna efusion contra su pecho, han entrado el Sr. Sanz y Forés y otro sacerdote, y les ha dicho; «Señores estoy tan tranquilo, siento tanto consuelo en mi alma, que miro la muerte como el mayor beneficio, tanto, que ahora el morir ya no es para mí un sacrificio. Prefiero esta muerte á cualquier otra que Dios me hubiera reservado, cuasi la deseo. Para nosotros los militares, que por lo comun vivimos distraidos, no hay muerte como esta que sea mas provechosa para nuestra alma.»

A la una de la tarde.—Ha quedado solo y se le oye leer en un libro espiritual. Toma un caldo y encarga que no se le sirva otra cosa, y, cuando mas, otro caldo antes de salir.

A las dos de la tarde.—Con la mayor sangre fria se entera del punto donde debe ser ejecutado, pregunta por el trecho y calles que ha de recorrer y si han llegado muchas tropas. Ya no se separan de su lado los sacerdotes que le han de acompañar. No lo hará el señor canónigo Sanz, porqué su temperamento y organizacion no le permiten fuertes sensaciones. Ha pedido éste señor á Ortega que le dispensase de pasar por esta prueba que, á su pesar, le es irresistible, y Ortega, sonriéndose y muy amable, solo ha contestado; «Lo comprendo perfectamente, señor canónigo, retírese V. cuando lo crea oportuno.»

A las dos y tres cuartos de la tarde.—Se le anuncia que es hora de marchar y contesta: «Cuando Vdes. gusten, señores». Se ha arreglado su capote de caballeria, que no ha dejado, y con paso firme y grave é interesante continente se coloca en el piquete. Sigue el paso sin él notar lo. Pasan por una poterna del castillo y allí se quita el capote, que encarga de nuevo lo den a su dueño el ayudante suyo Moreno. Queda vestido de letiva de

paisano y un kepis. Su aspecto sigue natural y sereno, su voz está firme.

Al oír el tambor ha exclamado: «Dios mio, á ti tambien te mortificaron con estos destemplados sonidos siendo inocente, justo es que yo lo sufra siendo pecador.» Al entrar en el cuadro y ver el gentío, ha dicho: «Señor, tú tambien permitiste que contemplan tu suplicio la plebe.» Se ha arrodillado bajo la bandera para oír su sentencia y conducido al punto designado, ha dicho: «¿Cómo me pongo, señores?» Se le ha contestado que de frente. Se le han vendado los ojos y vacilando un poco se ha arrodillado ante las fatales armas.... cuya explosion se ha oído en seguida... El ex-general Ortega era ya cádaver.

La dolorosa impresion que en el público ha producido esta triste escena, solo puede calmarse con la esperanza de que sea la ultima. Que esta ya que se ha hecho necesaria á la vindicta pública, sea la única victima espiatoria. Tejamos coronas de laurel para los vencedores de Africa: no mas coronas de ciprés para los sepulcros.

Retirada la tropa que habia formado el cuadro, los hermanos de la Congregacion de Ntra. Sra. de los Dolores se hicieron cargo del destrozado cadaver le colocaron en el coche fúnebre y fué acompañado por 12 capellanes al Campo Santo. Una modesta tartana en que iban tres ó cuatro amigos de la familia Ortega, le acompañó hasta colocarlo en el nicho número 255, en el que, por encargo especial del finado, no se puso lápida ni inscripcion alguna. Descanse allí en paz, el que, en un momento de extravío, quiso turbar la de su pátria.

En la mañana del 19 se encontró en el suelo de la capilla un papelito escrito por Ortega el dia 14, que decia: «Pronóstico de lo que sucederá: Dia 15, indagatoria; 16, nombramiento de defensor y confesion con cargos; 17, consejo; 18, aprobacion y capilla; 19, ejecucion.»—El desgraciado pronosticó mal, vivió un dia menos de lo que esperaba.

Ya dije que Ortega pidió al señor fiscal, al notificarle este la sentencia, si podia dejar el reloj á su hijo. El señor fiscal le contestó por su parte afirmativamente, reservándose empero consultarlo con el Capitan general. Hoy ha sido S. E. consultado sobre esto, y ha contestado: que no solo el reloj, sino todo el equipaje particular de Ortega quedaba á la disposicion de la familia, que lo ha retirado esta tarde á las cinco y media, quedando muy complacida de la amable caballerosidad de S. E.»

CONCLUSION.

El partido absolutista ha hecho el último esfuerzo en España, y ha jugado y perdido su última partida. De hoy mas, ese bando de tristes recuerdos para nuestro pais queda, como el leon de la fábula, sin uñas y sin dientes para lanzarse á nuevas empresas. Fugitivos los principes rebeldes y pidiendo un asilo contra la persecucion de las leyes: presos al fin en el pueblo de Ulldecona á las dos de la madrugada del 20 de los corrientes por la fuerza de la Guardia civil conducida por el mayor de plaza de Tortosa: sometidos á la accion las justicia los personajes de valimiento que como Elio, ejercian de una gran influencia en la huestes carlistas: sofocada completamente por la lealtad de las tropas y el buen sentido del pais la rebelion militar intentada por el general Ortega; batidas, dispersas y castigadas la mayor parte de las partidas facciosas que se levantaron en diversos puntos de la Península; la intentona carlista ha pasado como un fuego fátuo, sin dejar en pos de si otra huella que la de la triste impresion que produce en el ánimo el castigo aplicado á los perturbadores del orden social.

Barcelona Abril de 1860.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
D. Leopoldo O' Donnell.	71
Vista general de la bahia de Algeciras.	81
Sangriento ataque del Serrallo el 25 de Noviembre.	131
D. Rafael Echagüe.	137
Mapa del teatro de la Guerra.. . . .	184
D. Antonio Ros de Olano.	215
D. Juan Prim.	257
D. Victoriano Sugrañes.	313
Batalla de Tetuan.	321
Muley-Abbas.	395
O Donnell y Muley-Abbas firman la Paz.	495

